



EL LLAMADO DE
Cristo
A REFORMAR
la iglesia

LO QUE EL SEÑOR ESPERA
DE SU PUEBLO

JOHN
MACARTHUR



EDITORIAL
PORTAVOZ

La misión de *Editorial Portavoz* consiste en proporcionar productos de calidad —con integridad y excelencia—, desde una perspectiva bíblica y confiable, que animen a las personas a conocer y servir a Jesucristo.

Publicado originalmente en inglés en Estados Unidos por Moody Publishers, 820 N. LaSalle Blvd., Chicago, IL 60610 con el título *Christ's Call to Reform the Church*, copyright © 2017 por John MacArthur. Traducido con permiso. Todos los derechos reservados.

Título en castellano: *El llamado de Cristo a reformar la iglesia* © 2020 por Editorial Portavoz, filial de Kregel Inc., Grand Rapids, Michigan 49505. Publicado con permiso. Todos los derechos reservados.

Traducción: Ricardo Acosta

Símbolos tipográficos de la cubierta y el interior, copyright © 2014 por Yulia_Malinovskaya/iStock. Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación de datos, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de los editores, con la excepción de citas breves o reseñas.

A menos que se indique lo contrario, todas las citas bíblicas han sido tomadas de la versión Reina-Valera © 1960 Sociedades Bíblicas en América Latina; © renovado 1988 Sociedades Bíblicas Unidas. Utilizado con permiso. Reina-Valera 1960™ es una marca registrada de American Bible Society, y puede ser usada solamente bajo licencia.

El texto bíblico indicado con “NVI” ha sido tomado de *La Santa Biblia, Nueva Versión Internacional*®, copyright © 1999 por Biblica, Inc.® Todos los derechos reservados.

El texto bíblico indicado con “NTV” ha sido tomado de la Nueva Traducción Viviente, © Tyndale House Foundation, 2010. Usado con permiso de Tyndale House Publishers, Inc., 351 Executive Dr., Carol Stream, IL 60188, Estados Unidos de América. Todos los derechos reservados.

Las cursivas en los versículos bíblicos son énfasis del autor.

EDITORIAL PORTAVOZ
2450 Oak Industrial Drive NE
Grand Rapids, Michigan 49505 USA
Visítenos en: www.portavoz.com

ISBN 978-0-8254-5798-2 (rústica)
ISBN 978-0-8254-6713-4 (Kindle)
ISBN 978-0-8254-7533-7 (epub)

1 2 3 4 5 edición / año 29 28 27 26 25 24 23 22 21 20

Impreso en los Estados Unidos de América
Printed in the United States of America

A Bob y Linda McIntyre: amigos queridos y compañeros dedicados y valiosos en el ministerio. Su servicio sacrificial por la causa de Cristo es un gran estímulo y un ejemplo vibrante para mí y para todos nosotros en la familia de Grace to You (Gracia a Vosotros).



Contenido



Introducción	9
1. El llamado a la iglesia al arrepentimiento	15
2. La obra del Señor en su iglesia	39
3. La iglesia sin amor: Éfeso	57
4. La iglesia perseguida: Esmirna	75
5. La iglesia condescendiente: Pérgamo	89
6. La iglesia corrupta: Tiatira	107
7. La iglesia muerta: Sardis	125
8. La iglesia fiel: Filadelfia	143
9. La iglesia tibia: Laodicea	161
10. La necesidad de una nueva reforma	181
Reconocimientos	201



Introducción



El Señor Jesucristo escribió, en el libro de Apocalipsis, siete cartas a las ciudades en Asia Menor. No las escribió al ayuntamiento sino a la iglesia.

Piense en eso por un momento. En los capítulos finales de las Escrituras, el Señor no llama a su iglesia para una misión de “redimir la cultura”. No aconsejó a su pueblo que aprovechara el poder político para instituir moralidad, o para protestar contra el gobierno de individuos inmorales. Es más, Él no lanzó una revolución social ni ideó una estrategia política de ninguna clase.

La iglesia de nuestro tiempo —y en particular la iglesia en los Estados Unidos— debe entender que Dios no ha llamado a su pueblo a salir del mundo simplemente para librar una guerra cultural con el mundo. No estamos destinados a ganar terreno temporal como alguna fuerza invasora que lucha superficialmente para “hacer que este país regrese a Dios”. Debemos liberarnos de la ilusión de que la moralidad de nuestros antepasados convirtió una vez a los Estados Unidos en una “nación cristiana”. Nunca ha habido naciones cristianas, solo ha habido cristianos.

Los creyentes debemos entender que lo que ocurra política y socialmente en los Estados Unidos no tiene nada que ver con el avance o el poder del reino de Dios. El cambio cultural no acelera el crecimiento del reino, ni puede obstaculizarlo (véase Mt. 16:18). El reino de Cristo “no es de este mundo” (Jn. 18:36).

Eso no quiere decir que yo desprecie nuestro proceso democrático o que sea desagradecido por tener una voz en él. Es una gran bendición tener voto y poder apoyar las normas bíblicas de la moral. Muchos cristianos a lo largo de la historia de la iglesia han vivido circunstancias mucho peores que las nuestras, sin medios legales para hacer algo al respecto.

Pero la presunción de que un movimiento social o una influencia política podrían llevar a cabo un gran cambio espiritual en el mundo es evidencia de una grave falta de comprensión del pecado. Los creyentes debemos concentrar nuestras energías en el ministerio que puede transformar vidas, no en leyes. La obra del reino de Dios no tiene que ver con reformar gobiernos, reescribir regulaciones, o reconstruir la sociedad en alguna versión de una utopía cristiana. En el mejor de los casos, los esfuerzos de justicia política y social son soluciones externas de corto plazo para los males morales de la sociedad, y no hacen *nada* por abordar la problemática personal, interna y dominante de los corazones pecadores que odian a Dios (véase Ro. 8:7), los cuales solo pueden ser rescatados de la muerte eterna por fe en el Señor Jesucristo.

LA MORALIDAD CONDENA

La moralidad por sí sola no es una solución; condena tanto como la inmoralidad. La moralidad no puede convertir el corazón de piedra en carne, no puede romper las cadenas del pecado, ni puede reconciliarnos con Dios. En ese sentido, la moralidad por sí sola es tan vacía para salvar como cualquier religión satánica.

Jesús se enfrentó a las personas más religiosas y externamente

morales en su mundo, en particular a los sacerdotes, escribas y expertos en la ley del Antiguo Testamento. Él declaró: “No he venido a llamar a justos, sino a pecadores” (Mr. 2:17). Y en Mateo 23 pronunció sus acusaciones más fuertes contra el orden religioso de la época: el partido de los fariseos. Estos eran los hombres más piadosos de la nación, que guardaban meticulosamente la ley de Dios y seguían fielmente la tradición rabínica. Jesús les advierte: “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas!” (v. 13). La palabra “ay” es el equivalente a decir “malditos son”. Jesús está pronunciando condenación y juicio sobre ellos, y repite la misma frase una y otra vez en los versículos que siguen; los llama “guías ciegos” en el versículo 16, ya que llevaban a Israel por mal camino a través de su moral vacía y piadosa.

Ni cambio social ni moralismo fueron alguna vez el mensaje de los profetas del Antiguo Testamento. Nunca fueron el mensaje del Mesías ni de los escritores del Nuevo Testamento. Ese nunca ha sido en absoluto el mensaje de Dios para el mundo. Es más, Isaías nos asegura que “todas nuestras justicias [son] como trazo de inmundicia” (Is. 64:6). La moralidad del ser humano en su máxima expresión no es más que trapos inmundos y contaminados.

Además, en Romanos 3:10-12 se nos advierte: “No hay justo, ni aun uno... No hay quien haga lo bueno, no hay ni siquiera uno”. Por tanto, cualquier justicia imaginaria que el hombre tenga, cualquier moralidad superficial que exhiba, solo es una farsa. No hay nadie justo, no importa con qué tipo de apariencia piadosa nos presentemos.

Las personas *pueden* cambiar sus vidas. Pueden tener un momento de crisis y decidir alejarse de la inmoralidad o la adicción y empezar una nueva vida. Hasta cierto punto, pueden limpiar sus acciones simplemente mediante la aplicación del esfuerzo humano y una gran determinación. Si suficientes individuos hacen eso, puede haber una ligera mejoría moral en la sociedad humana. Pero reformar la conducta no tiene nada que ver con la relación

entre las personas y Dios; carece de medios para sacarlas de la esclavitud del pecado y llevarlas al reino de Cristo. Lo mejor que la moralidad puede hacer es convertir a la gente en otro grupo de fariseos condenados. La moralidad no puede salvar a nadie de la culpa ni alimentar auténtica piedad. Los fariseos y las prostitutas comparten el mismo infierno.

La presión a favor de la moralidad cultural o incluso la justicia social es una distracción peligrosa de la obra de la iglesia. Desperdicia inmensas cantidades de recursos valiosos, incluso tiempo, dinero y energía. Efesios 5:16-17 insta a los creyentes a “[aprovechar] bien el tiempo, porque los días son malos. Por tanto, no seáis insensatos, sino entendidos de cuál sea la voluntad del Señor”. Y la voluntad del Señor no es una cultura gobernada por equidad social ni por fariseísmo institucionalizado.

La palabra *evangélico* se deriva de la expresión griega para “evangelio”. Originalmente se aplicaba a cristianos que entendían que el evangelio es el núcleo y la misma esencia de la doctrina cristiana, y por tanto debe protegerse a toda costa. Sin embargo, la palabra *evangélico* está hoy pintada con tantos colores sociales y políticos que se ha convertido en un término político rechazado por la mayor parte de la sociedad e incluso por los cristianos más practicantes.

EL VERDADERO LLAMADO DE LA IGLESIA

La voluntad de Dios *no* es que nos politicemos tanto que convirtamos nuestro campo misionero en nuestro enemigo. Los cristianos tienen razón en repudiar el pecado, y declarar sin ninguna ambigüedad que es una ofensa para nuestro Dios santo. Eso incluye pecados como el aborto, la homosexualidad, la promiscuidad sexual y cualquier otro pecado que nuestra cultura corrupta afirme que debemos aceptar. Pero una cultura vendida a pecados como esos no va a sanarse —y mucho menos a ganarse— con protestas furiosas y políticas partidistas. Es inútil creer que un remedio legislativo sea

la solución a la bancarrota moral de nuestra cultura. No hay ley que pueda hacer justos a pecadores caídos (véase Gá. 2:21).

Timoteo ministró en una cultura que era por lo menos tan mala como la nuestra. Nada en las instrucciones de Pablo a su joven discípulo sugirió que Timoteo debía tratar de redimir la *cultura*. En realidad, le dijo a Timoteo que las cosas empeorarían (2 Ti. 3:13). Lo que la gente de este mundo depravado necesita es el evangelio. Es necesario decirles que sus pecados pueden ser perdonados y que pueden librarse de las cadenas del pecado y del sistema del mundo. Los creyentes no tenemos ningún derecho de tratar a los pecadores perdidos con desprecio u odio. Nuestra actitud hacia nuestros prójimos debería ser un reflejo del amor de Cristo por ellos, no una expresión de nuestro desacuerdo con sus políticas o incluso con su moralidad. No tenemos derecho a negarles las buenas nuevas de la salvación, tal como Jonás trató de hacer con los ninivitas. Debemos asegurarnos de que los pecadores perdidos que nos rodean sepan que los amamos tanto como para ofrecerles perdón de Dios. Existe un odio santo hacia el pecado, pero Cristo incluso mostró su simpatía llorando por los perdidos, y nosotros también debemos hacerlo.

El mundo es como es hoy día porque así es el mundo, y la iglesia debe confrontarlo con la verdad completa. Es hipocresía que los cristianos critiquen al mundo secular por la forma en que los incrédulos se comportan, cuando tantas iglesias lo validan ya sea creyendo en su capacidad de redimirlo mediante el poder humano, u organizando un circo mundano de entretenimiento y distracciones baratas de los problemas reales. Es hora de que la iglesia se centre en el ministerio de la reconciliación, a fin de que el pueblo de Dios predique valiente y fielmente el evangelio del Señor y la iglesia sea sal y luz en este mundo siniestro y desesperado (Mt. 5:13-16). Ese fue el Mensaje del Señor a las iglesias en Apocalipsis. Les ordenó que se deshicieran de la mundanalidad y la corrupción, que renovaran su amor por Él, y que guardaran la pureza de su evangelio y de su iglesia. Casi cada amonestación, reprensión, advertencia y

El llamado de Cristo a reformar la iglesia

llamado al arrepentimiento que nuestro Señor hace en estas cartas se aplica a la iglesia del siglo XXI, incluso a muchas de las iglesias más conocidas e influyentes hoy día. Es hora de que pongamos atención a las cartas a esas iglesias en Apocalipsis y al llamado de Cristo a reformar su iglesia.



1

*El llamado a la iglesia
al arrepentimiento*



¿Has oído alguna vez de una iglesia que se arrepintiera? No me refiero a individuos, sino a toda una iglesia que de manera colectiva reconociera sus transgresiones congregacionales y se arrepintiera franca y auténticamente, con tristeza y quebrantamiento bíblico.

Lo lamentable es que tal vez no hayas oído algo así.

En realidad, ¿has oído hablar alguna vez de un pastor que llamara a su iglesia a arrepentirse y que, de no hacerlo, amenazara a su congregación con el juicio divino?

Es poco probable. Los pastores de hoy parecen tener muchas dificultades en llamar a los individuos al arrepentimiento, mucho menos en llamar a toda la iglesia a rendir cuentas por sus pecados colectivos. Es más, si un pastor fuera tan valiente como para guiar a su iglesia al arrepentimiento, es posible que no sea pastor de ese lugar por mucho más tiempo. Como mínimo, enfrentaría resistencia y desprecio del interior de la congregación. Es posible que esa reacción inevitable sea tan fuerte como para generar una clase de temor

preventivo, impidiendo a la mayoría de líderes de iglesias considerar incluso un llamado al arrepentimiento colectivo.

Por otro lado, si un pastor o líder de iglesia se atreve a llamar al arrepentimiento a *otra* iglesia en lugar de la suya propia, casi con seguridad será acusado de ser crítico, conflictivo y de excederse en el ejercicio de su autoridad. Enfrentará un coro de voces que le dirán que se meta en sus propios asuntos. Por tanto, al calumniarlo se despeja el camino para que la iglesia confrontada eluda por completo la amonestación hecha por dicho pastor.

La realidad es que las iglesias casi nunca se arrepienten. Las que empiezan a recorrer una senda de mundanalidad, desobediencia y apostasía por lo general con el tiempo se alejan aún más de la ortodoxia. Casi nunca recuperan su sensatez original. Rara vez se apartan de sus pecados colectivos contra el Señor. Raramente se vuelven de la corrupción, inmoralidad y falsa doctrina. Muy pocas veces piden perdón, limpieza y restauración desde lo profundo de sus corazones. La mayoría nunca considera hacer esto porque se ha acomodado con su condición.

En realidad, llamar a la iglesia al arrepentimiento y la reforma puede ser muy peligroso. La historia de la iglesia está repleta de ejemplos.

LA GRAN EXPULSIÓN

El nombre “puritano” fue concebido como un término de burla y desprecio. Se aplicó a un grupo de pastores anglicanos en la Inglaterra de los siglos XVI y XVII que intentaron purificar la iglesia de las influencias y prácticas católico-romanas remanentes. Estos pastores puritanos llamaron una y otra vez a las iglesias de Inglaterra a arrepentirse de su extensa carnalidad, herejía y corrupción sacerdotal. Pero la Iglesia anglicana no se arrepintió. No podían negar la necesidad de una reforma, pero querían algo “intermedio” en lugar de una reforma total.

Los que tenían el control de la jerarquía anglicana permanecieron impenitentes, pero no pasivos. Estaban decididos a silenciar las voces que los llamaban a arrepentirse. Durante décadas, los puritanos enfrentaron hostilidad y persecución tanto de líderes eclesiales como de gobernantes políticos. Muchos sufrieron y murieron por su fe, mientras que muchos más soportaron encarcelamiento y tortura por causa de Cristo. La persecución alcanzó niveles máximos en 1662, cuando el parlamento inglés emitió el Acta de Uniformidad. El decreto básicamente prohibió cualquier cosa distinta a la doctrina y práctica anglicana. Eso llevó a un día monumental y trágico en la historia espiritual de Inglaterra: el 24 de agosto de 1662, conocido comúnmente como la Gran Expulsión. Ese día doscientos pastores puritanos fueron despojados de su ordenación y expulsados permanentemente de sus iglesias anglicanas.

Esos puritanos fieles comprendieron que la Iglesia de Inglaterra debía arrepentirse y reformarse antes que la nación alguna vez se volviera a Cristo. Pero en lugar de rechazar su maldad y corrupción, los líderes impenitentes de la Iglesia de Inglaterra intentaron acallar a todo aquel que clamara por arrepentimiento y restauración.

La historia posterior revela que la Gran Expulsión no fue un acontecimiento aislado con importancia temporal. La confusión espiritual no terminó una vez que los puritanos fueron excomulgados y separados de sus congregaciones. Es más, se puede asegurar que la Gran Expulsión fue un desastre espiritual que sirve como una clara y siniestra línea divisoria en la historia de Inglaterra que tiene repercusiones hasta el día de hoy.

Uno de tales ministros expulsados fue Matthew Meade, quien escribió en cuanto a la Gran Expulsión: “Este día trágico merece ser escrito en letras negras en el calendario de Inglaterra”.¹ Iain Murray describe las consecuencias espirituales de ese fatídico día: “Después de

1. Matthew Meade, “Remedying the Sin of Ejecting God’s Ministers”, en C. Matthew McMahon, ed., *Discovering the Wickedness of our Heart* (Crossville, TN: Puritan Publications, 2016), p. 174.

silenciar a los dos mil, entramos en una era de racionalismo y frialdad en el púlpito e indiferencia en las bancas, una era en que el escepticismo y la mundanalidad contribuyeron a reducir la religión nacional a una simple parodia del cristianismo del Nuevo Testamento”.²

J. B. Marsden vio el hecho como una invitación para el juicio del Señor. Así escribió: “Es presuntuoso fijarse en ocurrencias particulares como pruebas del desagrado de Dios; pero nadie negará que un curso largo e ininterrumpido de desastres indica con mucha seguridad, ya sea para una nación o una iglesia, que el favor divino se ha retirado. En los cinco años de la expulsión de los dos mil inconformes, Londres fue devastada dos veces”.³ Marsden no estaba equivocado. La Gran Expulsión ocurrió en el verano de 1662. En 1665, una epidemia de peste bubónica azotó a Londres, matando a más de cien mil personas, casi la cuarta parte de los habitantes. Al año siguiente, un enorme incendio arrasó a Londres, incinerando más de trece mil casas, casi cien iglesias (incluso la Catedral de San Pablo) y diezmado la mayor parte de la ciudad. Muchos historiadores concuerdan con Marsden, viendo tales desastres como retribución divina por la impenitencia de Inglaterra.

Sin embargo, esos desastres no se comparan con las consecuencias espirituales de la apostasía de Inglaterra. Tras citar la peste y el incendio, Marsden continuó: “Se produjeron otras calamidades más duraderas y mucho más terribles. La religión en la iglesia de Inglaterra casi se extinguió, y en muchas de sus parroquias se apagó la lámpara de Dios”.⁴

J. C. Ryle, quien sirvió como obispo de Durham a finales del siglo XIX, resumió de este modo el costo espiritual de la impenitencia de la Iglesia anglicana: “Creo que [la Gran Expulsión] hizo

2. Iain Murray, ed., *Sermons of the Great Ejection* (Londres: Banner of Truth Trust, 1962), p. 8.

3. John Buxton Marsden, *The History of the Later Puritans: From the Opening of the Civil War in 1642, to the Ejection of the Non-Conforming Clergy in 1662* (Londres: Hamilton, Adams, & Co., 1854), pp. 469-70.

4. *Ibid.*, p. 480.

un gran daño a la causa de la religión verdadera en Inglaterra, la cual probablemente nunca será reparada”.⁵ De hecho, a lo largo de los siglos que siguieron, Inglaterra ha sucumbido a una cultura de liberalismo, invadida con iglesias frías y muertas e inundada de apostasía y tinieblas espirituales.

Y a pesar de los siglos de frutos repugnantes que surgieron del Acta de Uniformidad y la Gran Expulsión, la Iglesia de Inglaterra falló en conseguir su objetivo primordial. Los puritanos fueron deserrados, pero no silenciados. Muchos de los hombres que fueron expulsados de sus iglesias pasaron a tener influencia que continúa hasta el día de hoy. Los incondicionales espirituales como Richard Baxter, John Flavel, Thomas Brooks y Thomas Watson estuvieron entre aquellos que perdieron sus púlpitos en 1662 pero siguieron fielmente como predicadores fuera de la ley. Junto con muchos otros siguieron exponiendo la corrupción de la Iglesia anglicana y pidiendo su arrepentimiento. En ese sentido, continuaron con el legado que comenzó con los reformadores más de un siglo antes.

EL LEGADO DE LA REFORMA

La Iglesia católica romana en la Europa medieval tenía un dominio absoluto sobre todos los asuntos pertenecientes a la vida espiritual. En una época en que los ejemplares de la Biblia eran escasos e inaccesibles para todos menos los clérigos, la jerarquía de Roma se estableció como la guardiana, controlando el acceso a las Escrituras, y por tanto a Dios. Los sacerdotes otorgaban perdón, concedían bendición, y servían como árbitros de la recompensa eterna.

Para el siglo XV, la iglesia estaba inundada con capas de corrupción institucional. Más allá de un velo transparente de piedad, la iglesia estaba saturada de inmoralidad y maldad. A lo largo de la cristiandad, los feligreses luchaban por sobrevivir y llevar a duras

5. J. C. Ryle, “Baxter and His Times”, en *Lectures Delivered Before the Young Men’s Christian Association*, vol. 8 (Londres: James Nisbet and Co., 1853), p. 379.

penas una existencia humilde, mientras la clase religiosa dominante se aprovechaba de la ignorancia de la gente para llenarse los bolsillos y extender su autoridad. Los papas y arzobispos llevaban vidas depravadas de extravagantes excesos y desenfrenada lascivia. La iglesia regía con puño de hierro, supervisando incluso a los gobiernos e influyendo en todos los aspectos de la vida medieval.

En esencia, la Iglesia católica romana medieval era un terreno fértil para la herejía y el engaño espiritual. Pero incluso en medio de esta corrupción dominante, el Señor aún estaba redimiendo a los suyos y construyendo su iglesia verdadera. Algunas iglesias existían y hasta prosperaban fuera de la autoridad de Roma. El Señor también utilizó hombres fieles y valientes como Juan Wyclif y Juan Huss para rechazar y repudiar el dogma católico extrabíblico, para quitarle la máscara de piedad y poner al descubierto la corrupción interna. Al igual que los puritanos siglos después en Inglaterra, estos hombres no buscaban derrocar la iglesia, sino que esperaban llamarla al arrepentimiento y ayudar a restaurarla a la ortodoxia bíblica. Y por sus esfuerzos, ambos hombres fueron excomulgados y quemados como herejes. (Wyclif fue excomulgado retroactivamente décadas después de su muerte. Su cuerpo fue realmente exhumado e incinerado, sus huesos aplastados, y los huesos y las cenizas esparcidos en el río Swift).

Aunque la Iglesia católica tomó medidas extremas para acallar a Wyclif, Huss y otros como ellos, la verdad que predicaban sobrevivió y allanó el camino para que un ferviente monje alemán transmitiera el legado de ellos y diera un golpe decisivo contra la fortaleza papal. Al igual que aquellos antes que él, Martín Lutero no se lanzó a un curso abiertamente rebelde para derrocar o destronar a la iglesia. Pero de su estudio ferviente de las Escrituras, y a través de la iluminación del Espíritu Santo, Lutero llegó a un conocimiento salvador del Señor Jesucristo y a una comprensión clara de la desviación de Roma de la verdad del evangelio.

Los historiadores identifican el estallido de la Reforma como el 31 de octubre de 1517, el día en que Lutero clavó sus noventa y

cinco tesis en la puerta de la iglesia en el Castillo de Wittenberg. En ese tratado fundamental, Lutero, aún no convertido, argumentó en contra de las tradiciones abusivas de la Iglesia católica, en particular, la venta de indulgencias.

Las indulgencias eran un medio para que los católicos compraran la manera de salir de la penitencia y el purgatorio; también podían comprarse a favor de seres amados fallecidos. Con una tasa de mortalidad sumamente alta e igualmente cortas expectativas de vida (y colgando constantemente sobre ellos la amenaza de la iglesia de pasar siglos en el purgatorio), en su mayoría las personas darían un paso adelante con alguna esperanza de no languidecer en la otra vida, en algún lugar de detención fuera del cielo.

Bajo el papa León X, la iglesia medieval usaba la venta de indulgencias para ayudar a la construcción de elaboradas estructuras como la Basílica de San Pedro en Roma.⁶ Un monje perspicaz llamado Johann Tetzel fue uno de sus vendedores más exitosos.

Tetzel era ingenioso en su malicia, perfeccionando un magistral argumento de ventas para aprovecharse de la simplicidad crédula de los feligreses católicos. Exhortaba muy bien a las multitudes con la promesa: “Tan pronto caiga la moneda a la cajuela, el alma del difunto al cielo vuela”. ¿Qué mayor esperanza podría haber para una clientela de campesinos analfabetos y supersticiosos?

Lutero estaba furioso por la extorsión de Tetzel patrocinada por la iglesia. Sus noventa y cinco tesis significaron un repudio público de la práctica y un asalto directo a la codicia de la iglesia. La tesis ochenta y seis echaba la culpa directamente al mismo papa: “¿Por qué el papa, cuya riqueza es hoy día mayor que la del más rico de los Craso, no construye esta basílica de San Pedro con su propio dinero y no con el dinero de creyentes pobres?”.

6. La Iglesia católica aún ofrece indulgencias hasta el día de hoy, aunque ya no representa la monumental petición de fondos que una vez fue. En lugar de eso, los católicos pueden recibir indulgencias por simples “actos de piedad y devoción” como seguir al papa en Twitter.

Esas noventa y cinco tesis iniciaron la Reforma, pero no significaron su principal campo de batalla. Es más, Lutero aún no había llegado a la verdadera fe y al verdadero arrepentimiento en el momento de su escrito; fue salvo poco después. La doctrina de justificación por fe es desde luego un argumento insuperable contra la venta de indulgencias, por lo que es significativo que las noventa y cinco tesis omitieran cualquier mención de esa doctrina. Esto indica que la “Experiencia de la torre” de Lutero, cuando finalmente entendió el significado de ser justificado solo por fe, ocurrió en algún momento posterior a la publicación de las tesis. Los eruditos e historiadores no consiguen determinar el año exacto en que Lutero tuvo su despertar, pero él lo contaba a menudo, y parecía verlo como el momento de su verdadera conversión. He aquí cómo describió lo sucedido:

Las palabras “justo” y “justicia de Dios” golpearon mi conciencia como un rayo. Cuando las escuché, quedé sumamente aterrado. Si Dios es justo [pensé], debe castigar. Pero cuando en la torre y el cuarto calentado de este edificio, por la gracia de Dios reflexioné en las palabras: “El justo por la fe vivirá” [Romanos 1:17] y “la justicia de Dios” [Romanos 3:21], pronto llegué a la conclusión de que si nosotros, como hombres justos, debemos vivir por la fe y si la justicia de Dios contribuye a la salvación de todos los que creen, entonces la salvación no será por nuestro mérito sino por la misericordia de Dios. Mi espíritu fue así animado. Porque es por la justicia de Dios que somos justificados y salvados a través de Cristo. Estas palabras [las que antes me habían aterrado] ahora se volvieron más agradables para mí. El Espíritu Santo reveló las Escrituras para mí en esta torre.⁷

7. Helmut T. Lehmann, ed., Theodore G. Tappert, ed. y trad., *Luther's Works* (vol. 54): *Table Talk* (Filadelfia: Fortress, 1967), pp. 193-94.

La verdad de que los creyentes son justificados solo por fe se convirtió en el centro de todo el debate de la Reforma. Ese principio (*sola fē*) es por tanto conocido como el *principio fundamental* de la Reforma. Pero fue el *principio formal* de la Reforma, *solo la Escritura* —la autoridad y la suficiencia de las Escrituras— lo que motivó a Lutero a escribir y publicar las noventa y cinco tesis. Su compromiso con ese principio fue evidente incluso en sus primeros escritos antes de su conversión.

Juan Calvino, Ulrico Zuinglio, Felipe Melanchthon, Teodoro de Beza, Juan Knox y muchos más tuvieron esa misma convicción y pelearon la misma batalla en diferentes frentes, a fin de rescatar y preservar la autoridad de la Palabra de Dios en su iglesia contra la tiranía del papa y las herejías de la Iglesia católica. La supremacía y autoridad de las Escrituras fueron el corazón palpitante de la Reforma del cual fluyeron todos los demás principios fundamentales.

En defensa de su obra ante la Dieta de Worms, Lutero proclamó con valor su sometimiento únicamente a las Escrituras:

A menos que yo esté convencido por el testimonio de las Escrituras o por clara razón (porque no confío ni en el papa ni en los concilios, ya que es bien sabido que se han equivocado a menudo y se han contradicho), estoy obligado por las Escrituras que he citado y mi conciencia está cautiva a la Palabra de Dios. No puedo retractarme ni me retractaré de nada, puesto que no es seguro ni correcto irme contra la conciencia. Que Dios me ayude. Amén.⁸

Quinientos años después, hombres fieles sirven a la sombra de estos grandes guerreros de Dios y trabajan en transmitir su legado de fidelidad bíblica y verdad evangélica. Además, llevamos a cabo

8. Martin Brecht en Helmut T. Lehmann, ed., James L. Schaaf trad., *Luther's Works (vol. 1): Martin Luther* (Filadelfia: Fortress, 1985), p. 460.

la protesta que emprendieron, no simplemente contra Roma sino contra cualquier sistema, iglesia o pastor autodenominado que se desvíen de la Palabra de Dios en la vida de la iglesia. Y trágicamente, la iglesia del siglo XXI puede estar enfrentando mayores amenazas de las que alguna vez soportó bajo Roma.

PATOLOGÍA DE UNA IGLESIA APÓSTATA

Pensemos en el terreno espiritual que se pierde cuando la iglesia entrega la autoridad bíblica. Si las Escrituras no hablaran con autoridad absoluta e infalible, la oferta de justificación por gracia por medio de la fe no podría extenderse a pecadores desesperados. No podría argumentarse a favor de la suficiencia de Cristo como el sacrificio por los pecados, o de su gobierno como Cabeza de la iglesia. No podríamos aferrarnos a la gloriosa verdad de la imputación: en la cruz, “Dios hizo que Cristo, quien nunca pecó, fuera la ofrenda por nuestro pecado, para que nosotros pudiéramos estar en una relación correcta con Dios por medio de Cristo” (2 Co. 5:21, NTV). Sin tales verdades no tendríamos garantía de que la ira de Dios se hubiera satisfecho. No podría haber seguridad de fe, esperanza del cielo, ni confianza en las promesas divinas.

Por otro lado, acabar con la autoridad de las Escrituras —o simplemente someterla a la autoridad de seres humanos— allanaría deliberadamente el camino para que la falsa doctrina y los falsos maestros se infiltren en el rebaño de Dios. Invitaría a la confusión teológica, elevando las palabras de hombres falibles por sobre la infalible Palabra de Dios. Esto estaría diseñado para intercambiar el evangelio de la gracia por un sistema de obras de justicia centrado en el ser humano. Además, contaminaría la pureza de la verdad de Dios, ensombreciendo la doctrina bíblica con superstición, tradición, revelación extrabíblica y engaño demoníaco.

Esa es una amplia manera de resumir las varias desviaciones que han dominado a la Iglesia católica romana desde antes de la

época de Lutero. Pero también es una descripción adecuada de la Iglesia protestante *de hoy*. Si eso parece exagerado, pensemos en estas preguntas: ¿Qué diferencia demostrable hay entre las indulgencias de Tetzl, y el agua bendita y los trozos ungidos de tela vendidos por charlatanes carismáticos a sus enormes audiencias? ¿Cuál es la diferencia entre un papa que habla *ex cátedra* y un pastor que hace una exposición de sus sueños e impresiones mentales como nueva revelación de parte del Señor? ¿Y qué separa la veneración a María y a los santos del modo en que los autoproclamados apóstoles de hoy visitan las tumbas de sus antepasados para “empaparse” de la unción del difunto?

Peor aún, la misma clase de corrupción e inmoralidad desenfrenadas que la Iglesia romana intentó ocultar una vez, ahora se festeja y se alienta en muchas congregaciones protestantes. Lejos de ser conocidas por su *pureza*, muchas iglesias modernas se desviven por adoptar o imitar el libertinaje de la cultura secular. Los pastores interpretan películas de Hollywood en lugar de las Escrituras. Las reuniones de buscadores sensibles en megaiglesias a menudo parecen y se sienten más como conciertos de rock o espectáculos de cabaret que cultos de adoración. Los líderes de iglesia con mentalidad de celebridades parecen más interesados en lo estilizado y comercializable que en lo bíblicamente sano y sólido. Es sorprendente que haya incluso algunas iglesias ostensiblemente evangélicas cuyos dirigentes están orgullosos de que sus miembros sean abiertos, acogedores, súper tolerantes, o incluso condescendientes con adúlteros en serie, fornicarios con corazón de piedra, homosexuales impenitentes, inmorales adoradores de ídolos, y hasta formas de paganismo. Están *orgullosos* de todo eso.

Muchas otras congregaciones están en una senda más lenta hacia el mismo destino. Aunque quizás no festejen abiertamente la inmoralidad, no hacen nada para erradicarla en medio de ellos. El pecado no se confronta, y no se practica fielmente la disciplina de la iglesia. Con el tiempo, la conciencia —tanto individual como

colectivamente— se enfría, el pecado no confesado se vuelve la norma, y la iglesia no muestra ninguna diferencia apreciable del mundo.

Todo eso es evidencia de falta de sumisión a la palabra de Dios y de una decreciente preocupación por la verdad doctrinal y la pureza y protección que produce. Nacido de la convicción de que los creyentes verdaderos deben separarse de una iglesia apóstata, el protestantismo apenas ha necesitado quinientos años para cultivar sus propias variedades de apostasía. Al igual que los israelitas en el libro de Jueces, la iglesia protestante parece decidida a repetir los errores de su pasado en lugar de aprender de ellos. La acusación de Pablo a las iglesias de Galacia se aplica a gran parte de la iglesia evangélica: “¡Oh gálatas insensatos! ¿quién os fascinó para no obedecer a la verdad, a vosotros ante cuyos ojos Jesucristo fue ya presentado claramente entre vosotros como crucificado?” (Gá. 3:1). Una reciente encuesta nacional reveló que el 52 por ciento de creyentes evangélicos cree que la salvación viene por fe y obras combinadas. Solo el 30 por ciento afirma la *sola fè* y la *sola Escritura*.⁹ Los protestantes evangélicos “hechizados” están desintegrando la Reforma. La protesta ha terminado en gran parte.

Caer en la apostasía no ocurre de la noche a la mañana; los cambios son lentos y firmes. Rechazar la autoridad y prioridad de las Escrituras es el primer paso, seguido generalmente por una sucesión de concesiones: *tal vez podamos ser más relevantes e invitar al mundo si no tomamos tan en serio este versículo o ese pecado*. Una vez que la iglesia determina que su propósito es engranar en la cultura y atraerla, en lugar de edificar y preparar a los santos, toma un sendero que siempre dirige hacia la mundanalidad y la apostasía. No hace mucho tiempo, el pastor de una de las iglesias más grandes en

9. Pew Research Center, “U.S. Protestants Are Not Defined by Reformation-Era Controversies 500 Years Later” (31 de agosto de 2017), <http://www.pewforum.org/2017/08/31/u-s-protestants-are-not-defined-by-reformation-era-controversies-500-years-later/>.

Estados Unidos dijo a líderes de la iglesia que no deberían permitir que la doctrina se interpusiera en la manera de ganar personas. Un escritor comprensivo resumió en pocas palabras su exhortación: “No ponga la teología por sobre el ministerio”.¹⁰ Las iglesias de hoy están tan interesadas en atraer pecadores que intentan sepultar su teología debajo de la alfombra de bienvenida.

El modelo antibíblico de alcance constituye la misma capacidad torpe de muchas iglesias de alcanzar el mundo con el evangelio. Llenar las bancas con incrédulos cómodos e inmutables es la manera más rápida de confundir y corromper la obra de la iglesia. Dios no ha llamado a su pueblo a salir del mundo para ir tras sus tendencias en vanos intentos de parecer relevante. La iglesia no puede ser sal y luz en este miserable mundo si no nos distinguimos de la gente mundana (véase Mt. 5:13-16).

LAS SUPUESTAS VENTAJAS DE LA IGLESIA PRIMITIVA

A fin de frenar tales tendencias mundanas y simplificar la obra del ministerio, algunos cristianos de hoy claman por un regreso al modelo de la iglesia primitiva. Creen que lo que debilita e inhibe la obra de la iglesia de hoy es su misma estructura. Las llamadas megaiglesias con enormes instalaciones, legiones de líderes, y congregaciones demasiado grandes que deben subdividirse en forma interminable... son supuestamente los villanos que han corrompido y confundido a la iglesia en los últimos años.

Ese argumento sugiere que los cristianos no pueden funcionar y servir en todo su potencial en un ambiente de iglesia grande, y que el modelo del Nuevo Testamento de pequeñas iglesias en casas libera

10. Kevin Porter, “Andy Stanley at Catalyst Cincinnati: Don’t Put Theology Above Ministry, Let Cultural Issues Bump People Out”, *The Christian Post* (23 de abril de 2016), <https://www.christianpost.com/news/andy-stanley-at-catalyst-cincinnati-dont-put-theology-above-ministry-let-cultural-issues-bump-people-out-162414/>.

al pueblo de Dios para enfocarse en lo que más importa. Cuando no hay un edificio que mantener, ni una denominación que apoyar (o a la cual someterse), ni supervisión institucional, la iglesia está libre para servir al Señor y alcanzar la comunidad que la rodea. Esto se ofrece como un intento de regresar a la simplicidad descrita en Hechos 2:42: “Perseveraban en la doctrina de los apóstoles, en la comunión unos con otros, en el partimiento del pan y en las oraciones”. ¡Pero esa era una iglesia de tres mil personas!

Sin embargo, solo tenemos que mirar el Nuevo Testamento para ver que la vida en la iglesia del primer siglo era cualquier cosa menos idílica. Pequeñas congregaciones, organización simplificada y proximidad a los apóstoles no dieron a la iglesia primitiva las ventajas espirituales y el aislamiento que podríamos suponer. Es más, vemos muchos de los males que atormentan a la iglesia de hoy mostrándose en sus primeras encarnaciones. En pocas palabras, la pureza de la iglesia primitiva está sobrevalorada.

Y en ninguna parte eso es más aparente que en el libro de Apocalipsis.

UN APÓSTOL EXILIADO

Con frecuencia pensamos en el Apocalipsis como una mirada profética a la segunda venida de Cristo. Pensamos en el juicio que espera al mundo porque “he aquí que [el Señor] viene con las nubes, y todo ojo le verá, y los que le traspasaron; y todos los linajes de la tierra harán lamentación por él” (Ap. 1:7). Solemos ver con horror la promesa de la ira de Dios, pero también con una sensación de alivio de que esta no caerá sobre nosotros.

Pero antes que las visiones del libro del Apocalipsis revelen el tema del juicio de Dios contra los pecadores no arrepentidos y el regreso de Cristo, empieza con tres capítulos dirigidos a las iglesias. Específicamente, Cristo dicta un mensaje a través del apóstol Juan a las siete iglesias en Asia Menor: “Escribe en un libro lo que ves,

y envíalo a las siete iglesias que están en Asia: a Éfeso, Esmirna, Pérgamo, Tiatira, Sardis, Filadelfia y Laodicea” (1:11).

Esas eran congregaciones reales localizadas en ciudades a lo largo de lo que hoy conocemos como Turquía, enumeradas en un orden que sigue la antigua ruta postal. Cada una de tales iglesias fue fundada como fruto del ministerio de los apóstoles (principalmente Pablo), con Éfeso sirviendo como la iglesia madre para las demás en esa región. Hacia el final de su vida, Juan ministró en la iglesia en Éfeso, lo que le brindó una conexión íntima con todas aquellas congregaciones.

Sin embargo, cuando el Señor le reveló el Apocalipsis, Juan estaba viviendo en el exilio en una colonia penal en la isla rocosa de Patmos.

La noche en que Cristo fue arrestado, el Señor mismo había advertido a sus discípulos que la persecución era inminente: “Si el mundo os aborrece, sabed que a mí me ha aborrecido antes que a vosotros... Si a mí me han perseguido, también a vosotros os perseguirán” (Jn. 15:18, 20).

No pasó mucho tiempo antes que la persecución estuviera en pleno vigor. La iglesia enfrentó oposición desde del principio, inicialmente de los dirigentes religiosos de Israel. Del mismo modo, soportó las hostiles sospechas de Roma. La cultura romana estaba dominada por la religión pagana y libertina. Los cristianos no encajaban en ella ni podían participar de mucho de lo que constituía la vida cotidiana en esa sociedad malvada. Además, el cristianismo simplemente no tenía sentido para las personas inmersas en la cultura romana. La doctrina y la práctica de la iglesia primitiva eran tan totalmente incomprendidas que los romanos acusaron falsamente a los cristianos de canibalismo, incesto y otras perversiones sexuales. Se extendieron rumores de que los cristianos eran ateos y disidentes políticos porque no adoraban al César como dios. En el año 64 d.C., el emperador romano Nerón se aprovechó de estas sospechas de larga data para desviar la atención de sus propias malas acciones. Ese año, cuando un

incendio devastó gran parte de la ciudad de Roma, la gente sospechó que Nerón era el culpable. Nerón echó su merecida culpa sobre los cristianos, organizando una campaña oficial de persecución contra ellos a través de la ciudad y más allá. Esta continuó a lo largo del resto de su reino. Durante esa primera ola de persecución romana, tanto Pedro como Pablo fueron ejecutados, junto con innumerables otros que fueron perseguidos y asesinados por deporte.

También durante el reinado de Nerón, Roma emprendió una guerra sangrienta para suprimir las esperanzas de independencia de Israel. Casi mil ciudades, aldeas y asentamientos en todo Israel ardieron por completo, con sus habitantes masacrados o dispersos. En el año 70 d.C., Jerusalén fue derrotada y el templo destruido. La que una vez fue la ciudad capital del reino de Dios en la tierra estaba ahora bajo el control de paganos.

Algo más de una década después, Roma inició otra oleada de persecución bajo el emperador Domiciano. Esta segunda campaña contra la iglesia duró más (del 81 al 96 d.C.) y se extendió por todo el imperio. El asalto de Roma a la iglesia fue organizado y militarizado. Miles de cristianos perdieron la vida mientras otros fueron desterrados o huyeron. Los historiadores nos dicen que fue durante este período que a Timoteo lo mataron a golpes. Tertuliano, quien nació unos sesenta años después que el apóstol Juan murió, afirmó que “al apóstol Juan primero lo zambulleron en aceite hirviendo y salió ileso, y de ahí fue remitido a su exilio en la isla!”¹¹ Al carecer de testimonios de primera mano, no debemos insistir en la veracidad de esa tradición, pero esta refleja con exactitud la ferocidad de la campaña de Roma contra los cristianos. Se cuenta que Nerón cubría a los cristianos con brea o resina de pino y los ataba en papiros o fajos de madera. O los hacía crucificar en cruces empapadas en creosota. Luego les perforaba la garganta para que no pudieran

11. Tertuliano, *On Prescription Against Heretics* en Alexander Roberts y James Donaldson, trad., *Ante-Nicene Fathers*, 10 vols. (Nueva York: Christian Literature Publishing Co., 1885) 3:260.

gritar, y los incendiaba estando aún vivos, usándolos como antorchas para iluminar sus fiestas de jardín.¹²

En Apocalipsis 1:9, Juan nos dice que fue sentenciado a prisión en la isla de Patmos “por causa de la palabra de Dios y el testimonio de Jesucristo”. Predicar el evangelio era un delito castigado con la muerte. Patmos no es para nada la isla paradisíaca que inicialmente algunos podrían imaginar. En realidad, es una roca en forma de media luna que sobresale en el mar Egeo, de más o menos dieciséis kilómetros de largo por ocho de ancho. En la época de Juan era un lugar desolado y aislado a poco más de sesenta kilómetros de la costa de Mileto, entre Asia Menor y Atenas. Es probable que la sentencia de Juan incluyera la confiscación de todas sus propiedades y posesiones, junto con todos los derechos civiles que disfrutaba bajo la ley romana. Aunque vivía en exilio, en esencia estaba condenado a muerte, ya que pasaría el resto de la vida haciendo trabajos forzados en las canteras, con escasa comida y condiciones desesperadas de vida. Ya de más de noventa años, Juan no podía haber esperado sobrevivir durante mucho tiempo en Patmos.

Sin embargo, al igual que Pablo en 2 Corintios 11:23-29, el dolor físico que Juan soportó no podía compararse con su angustia por sus amadas iglesias en Asia Menor y por la preocupación de que desertaran de la autoridad de la Palabra de Dios. Por las cartas que Cristo dictó a las iglesias individuales (las cuales examinaremos en gran detalle en los capítulos que siguen), sabemos que se habían involucrado en una variedad de comportamientos pecaminosos, que incluían inmoralidad sexual, idolatría e hipocresía. Toleraban el pecado y transigían con la cultura pagana que las rodeaba. De buena gana aceptaban falsos maestros e incluso ayudaban a difundir la herejía que predicaban. En muchas maneras, eran ejemplos que repetirían las iglesias en siglos posteriores, incluyendo iglesias evangélicas en todo el mundo occidental moderno.

12. John Granger Cook, *Roman Attitudes Toward the Christians: From Claudius to Hadrian* (Tübingen: Mohr Siebeck, 2010), pp. 77-78. Cp. Tácito, *Anales*, 15:44.

Veinticinco años antes de la visión de Juan en Patmos, el apóstol Pablo advirtió los peligros que la iglesia primitiva enfrentaba. A Timoteo instó: “No te avergüences de dar testimonio de nuestro Señor, ni de mí, preso suyo, sino participa de las aflicciones por el evangelio” (2 Ti. 1:8). En los versículos 13-14, Pablo le encargó: “Retén la forma de las sanas palabras que de mí oíste... Guarda el buen depósito por el Espíritu Santo que mora en nosotros”.

Pablo sabía que la persecución y el sufrimiento llamarían a la puerta de Timoteo. También sabía lo fácil que sería derrumbarse y transigir al ser amenazado con cárcel, tortura y muerte. A lo largo de su última epístola, Pablo intentó preparar a su joven discípulo para pruebas futuras. En el capítulo 2 continuó:

Esfuézate en la gracia que es en Cristo Jesús... sufre penalidades como buen soldado de Jesucristo (vv. 1, 3).

Procura con diligencia presentarte a Dios aprobado, como obrero que no tiene de qué avergonzarse, que usa bien la palabra de verdad. Mas evita profanas y vanas palabrerías, porque conducirán más y más a la impiedad. Y su palabra carcomerá como gangrena (vv. 15-17).

Huye también de las pasiones juveniles, y sigue la justicia... Pero desecha las cuestiones necias e insensatas (vv. 22-23).

La preocupación de Pablo no era solo por Timoteo, sino por toda la iglesia. Comprendía las amenazas espirituales que se asomaban en el horizonte para el pueblo de Dios:

En los postreros días vendrán tiempos peligrosos. Porque habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanagloriosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural,

implacables, calumniadores, intemperantes, crueles, aborrecedores de lo bueno, traidores, impetuosos, infatuados, amantes de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella; a éstos evita... mas los malos hombres y los engañadores irán de mal en peor, engañando y siendo engañados (3:1-5, 13).

A lo largo de su ministerio, el apóstol Pablo advirtió encarecidamente del peligro de sucumbir a los falsos maestros, y enfatizó la necesidad de estar atentos y discernir frente a la amenaza que representan. “Os ruego, hermanos, que os fijéis en los que causan divisiones y tropiezos en contra de la doctrina que vosotros habéis aprendido, y que os apartéis de ellos. Porque tales personas no sirven a nuestro Señor Jesucristo, sino a sus propios vientres, y con suaves palabras y lisonjas engañan los corazones de los ingenuos” (Ro. 16:17-18).

Pero Pablo también entendió que la lucha por mantener la pureza doctrinal y moral de la iglesia no es exclusivamente externa, que también del interior vienen muchas amenazas: “Vendrá tiempo cuando no sufrirán la sana doctrina, sino que teniendo comezón de oír, se amontonarán maestros conforme a sus propias concupiscencias, y apartarán de la verdad el oído y se volverán a las fábulas” (2 Ti. 4:3-4). Cuando se preparaba para salir de la iglesia en Éfeso, Pablo ofreció a los ancianos una vívida advertencia de proteger el rebaño que Dios les había confiado: “Sé que después de mi partida entrarán en medio de vosotros lobos rapaces, que no perdonarán al rebaño. Y de vosotros mismos se levantarán hombres que hablen cosas perversas para arrastrar tras sí a los discípulos. Por tanto, velad” (Hch. 20:29-31). Menos de treinta años después, esa iglesia se había desviado de su amor por Cristo hacia una piedad vacía, mientras varias de las congregaciones circundantes habían sucumbido a algunas de las mismas corrupciones de las que Pablo advirtió.

JUICIO PARA LA CASA DE DIOS

Cuando Juan llegó a ese momento de su vida, sabía muy bien que “todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús padecerán persecución” (2 Ti. 3:12). Así les dijo a quienes estaban bajo su cuidado pastoral: “Hermanos míos, no os extrañéis si el mundo os aborrece” (1 Jn. 3:13). No obstante, mientras Juan vivía sus últimos días en trabajos forzados en la isla de Patmos, pudo haber recordado con asombro cuán diferentes eran sus circunstancias de las que había esperado cuando se dispuso seguir a Jesús.

Israel tenía expectativas muy altas para el Mesías y el reino que instituiría. Con ansias esperaban la llegada de un heredero del trono de David que derrotaría a las fuerzas romanas de ocupación, exterminaría a los enemigos de Israel, y haría cumplir todas las promesas de Dios a Abraham, David, y los profetas. La salvación que esperaban era temporal, no eterna.

Los discípulos tenían esa esperanza. A lo largo del ministerio de Cristo compitieron a menudo por la supremacía en el reino prometido del cielo (véase Mt. 18:1-5; Lc. 9:46-48). Juan y su hermano Jacobo incluso pidieron a su madre que presentara peticiones al Señor a favor de ellos (Mt. 20:20-21). Hechos 1:6 nos dice que justo al momento en que Cristo ascendió al cielo, sus discípulos esperaban que liberara su poder soberano e inaugurara su reino en la tierra.

En los años que siguieron, a medida que la iglesia empezó a existir y el Espíritu Santo autenticó el ministerio de los apóstoles a través de dones milagrosos, debió haber parecido que el regreso del Señor era inminente. Pero casi de inmediato la iglesia fue inundada de falsos maestros. Al poco tiempo, muchos de los hermanos apostólicos de Juan habían muerto a manos de Roma; para cuando él llegó a Patmos, era el único apóstol que aún vivía.

Con los creyentes huyendo de la despiadada persecución y con iglesias en grave declive espiritual, Juan pudo haber tenido todos los motivos para estar desilusionado y deprimido. ¿Había fallado el plan del Señor para la iglesia? Sería fácil imaginar al apóstol

clamando por una visión de lo que el Señor estaba haciendo en su iglesia, alguna perspectiva divina para animarlo y consolarlo en el ocaso de su ministerio apostólico. A pesar de lo experimentado y espiritualmente maduro que Juan era, él sin duda podría haberse beneficiado de alguna esperanza y consuelo.

En lugar de eso, lo que vio fue totalmente aterrador. Juan nos dice que esto hizo que cayera al suelo “como muerto” (Ap. 1:17). Lo que vio fue al Cristo glorificado, apareciendo como gobernante, juez y verdugo. Juan vio al Señor en toda su gloria como Cabeza de la iglesia, listo para impartir juicio justo... ¡no sobre el mundo, sino sobre su iglesia!

El mensaje de Cristo a la iglesia a través de Juan es inequívoco: “Arrepiéntos”. Una y otra vez Cristo llama al arrepentimiento y a la reforma a estas congregaciones desobedientes. A la iglesia en Éfeso declaró: “Recuerda, por tanto, de dónde has caído, y arrepiéntete, y haz las primeras obras” (Ap. 2:5). Tuvo un mensaje similar para la iglesia en Pérgamo: “Arrepiéntete; pues si no, vendré a ti pronto, y pelearé contra ellos con la espada de mi boca” (2:16). A la iglesia en Tiatira le advirtió del juicio severo que le esperaba “si no se arrepiénten” (2:22). Acusó a la iglesia en Sardis: “Acuérdate, pues, de lo que has recibido y oído; y guárdalo, y arrepiéntete” (3:3). Y le dio una advertencia final a la iglesia en Laodicea, recordándole: “Yo reprendo y castigo a todos los que amo; sé, pues, celoso, y arrepiéntete” (3:19).

Estas no fueron advertencias casuales y desapasionadas. Cada llamado al arrepentimiento estuvo acompañado de las devastadoras consecuencias que esperaban si una iglesia no se reformaba. En ese sentido, lo que Juan vio y oyó era el cumplimiento de las palabras de Pedro décadas antes en su primera epístola: “Es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios” (1 P. 4:17). Al igual que Pablo, Pedro conocía los muchos peligros espirituales que amenazaban a la iglesia, incluso desde adentro. También sabía que en algunos casos las iglesias sucumbirían a tentaciones, falsas doctrinas, el atractivo del mundo, o los asaltos del maligno. Pedro pidió a sus lectores

perseverar bajo persecución, la cual vio en parte como juicio de Dios contra la iglesia infiel. Además, Pedro entendía que esta es la manera en que Dios siempre opera con su pueblo.

Como buen estudiante del Antiguo Testamento, Pedro habría conocido la profecía de Ezequiel 9, la cual era otra visión aterradora del juicio de Dios: “Clamó en mis oídos con gran voz, diciendo: Los verdugos de la ciudad han llegado, y cada uno trae en su mano su instrumento para destruir” (Ez. 9:1). Al escribir durante el cautiverio babilónico, Ezequiel vio una visión de Dios llamando a poderes extranjeros para que ejecutaran juicio divino sobre su pueblo. La visión continúa:

He aquí que seis varones venían del camino de la puerta de arriba que mira hacia el norte, y cada uno traía en su mano su instrumento para destruir. Y entre ellos había un varón vestido de lino, el cual traía a su cintura un tintero de escribano; y entrados, se pararon junto al altar de bronce. Y la gloria del Dios de Israel se elevó de encima del querubín, sobre el cual había estado, al umbral de la casa; y llamó Jehová al varón vestido de lino, que tenía a su cintura el tintero de escribano, y le dijo Jehová: Pasa por en medio de la ciudad, por en medio de Jerusalén, y ponles una señal en la frente a los hombres que gimen y que claman a causa de todas las abominaciones que se hacen en medio de ella. Y a los otros dijo, oyéndolo yo: Pasad por la ciudad en pos de él, y matad; no perdone vuestro ojo, ni tengáis misericordia. Matad a viejos, jóvenes y vírgenes, niños y mujeres, hasta que no quede ninguno; pero a todo aquel sobre el cual hubiere señal, no os acercaréis; y comenzarán por mi santuario. Comenzaron, pues, desde los varones ancianos que estaban delante del templo (vv. 2-6).

La ira de Dios había alcanzado un punto álgido con la nación apóstata de Israel. El Señor hizo una provisión para identificar a los pocos que habían permanecido fieles, pero todos los demás enfrentarían la totalidad de su juicio. Además, la matanza empezaría en el mismo lugar de autoridad divina y centro de adoración, con los más culpables de la apostasía de Israel.

En esencia, esa es la misma visión que Juan vio: el Señor como Juez justo, llegando para llamar a sus iglesias al arrepentimiento por la infidelidad hacia Él.

La mayoría de personas que van a la iglesia cree que este es un lugar seguro, quizás que es el *lugar más seguro* cuando se trata de amenazas del juicio del Señor. Que es casi como subir a bordo del arca; una vez que estamos seguros adentro, somos intocables.

Pero eso no es verdad. Francamente, esa es una idea ridícula y peligrosa. El solo hecho de estar en una iglesia (o algo que se llame iglesia, donde se invoca el nombre de Jesús y se entonan canciones acerca de Él), no significa que estemos seguros contra las amenazas de Dios. Aquí en los primeros capítulos del Apocalipsis, el Señor hace algunas amenazas muy fuertes y directas contra iglesias. En ese sentido, una iglesia no es más segura que el mundo, y a menudo las transgresiones de esta exigen un juicio más rápido.

Por eso es que con frecuencia este pasaje se pasa por alto y casi nunca se analiza. Mientras que el Señor llamó reiteradamente a Israel al arrepentimiento y a regresar a una relación correcta con Él, los primeros capítulos del Apocalipsis son el único lugar en que emplea similar lenguaje cuando trata con los pecados y las faltas de las iglesias. Nos hace sentir incómodos pensar en que Dios llama a sus iglesias a arrepentirse y reformarse, y que las amenaza con juicio si no lo hacen. Pero es sumamente importante que prestemos atención a las advertencias que Cristo nos hace en Apocalipsis a través de la pluma de Juan.

Sí, estas fueron cartas escritas a congregaciones locales específicas acerca de sus problemas particulares. Pero también son advertencias

para toda la iglesia a lo largo de su historia. Y como veremos, los reproches dados a las iglesias de Asia Menor se aplican por igual a la iglesia de hoy, si no más.

Los problemas que corrompieron las iglesias en el primer siglo son las mismas amenazas que enfrenta la iglesia hoy: idolatría, inmoralidad sexual, transigencia con el mundo y con su cultura pagana, muerte espiritual e hipocresía. En los siglos transcurridos, la iglesia no ha superado estos escollos conocidos. Tampoco Dios ha rebajado o suavizado su norma de justicia. Independientemente de la época y el lugar a que corresponda la iglesia, Él exige que sea pura.

Ese fue el mensaje de Dios a las iglesias en Apocalipsis. Casi dos mil años después, Cristo sigue llamando a las iglesias al arrepentimiento, y advirtiéndonos de las consecuencias directas si no lo hacen.